

Amadísimos soldados

Sean mis primeras palabras de parabién y de bienvenida para vosotros que desde que estais en esta nuestra villa os consideramos como unos hermanos, mejor dicho, como unos hijos, que Dios mismo nos encomienda a nuestra solicitud sacerdotal y pastoral. Os hemos abierto las puertas de nuestras escuelas y de nuestros salones, pero también os abrimos de par en par las puertas de nuestros corazones sacerdotales y acaso estas puertas con menos resistencia que aquellas hoy que hemos tenido roticos para comprobar vuestra dignidad, vuestro respeto, vuestra corrección, dignas de admiración.

Si el corazón de un sacerdote tiene que ser un refugio abierto para todo aquel que quiera acogerse al mismo, si el corazón del sacerdote tiene que ser a semejanza de aquel corazón de Cristo que a los cuatro vientos clamaba Venid a mi los que estis agobiados y cansados que yo os aliviare el paño de lágrimas de todos los hombres, el mio está obligado a serlo respecto de vosotros por un motivo más, por un motivo singularísimo como es el de haber sido designado por los Superiores para atender a vuestra asistencia espiritual en el tiempo que permanezcáis en este pueblo, en esta villa. A pesar de otras muchas ocupaciones que pesan sobre mí he aceptado este nuevo cargo, no sin temor de no poderlo cumplir a satisfacción propia, por tratarse de almas de jóvenes a quienes he consagrado mi sacerdocio hasta el presente y por quienes siento una pasión especial.

A mi juicio todos y cada uno de los jóvenes estan admirablemente reflejados en su manera de ser en aquella escena que nos recuerda el Evangelio del joven que se presenta a Cristo preguntando qué debe hacer para salvarse. Como en aquel caso en otros muchos verdades que las exigencias que le impone al joven el decalogo, la religión, son exigencias duras, exigencias superiores a las fuerzas con que cuenta el joven y a veces, muchas veces se renueva también lo que ocurrió entonces, que el joven impotente para ello se aleja... Pero tras el se fueron los ojos de Cristo... y tra

el joven van también siempre los ojos sacerdotales, la mirada sacerdotal. pues hasta la misma cobardía, hasta la misma defección del joven es en el fondo lealtad y sinceridad, que siempre cautivan y siempre provocan mas que nada amor y compasión.

Amadísimos soldados, al presentarme hoy a vosotros como vuestro capellán como vuestro pater, al ofrecirme hoy a todos y cada uno de vosotros, sabed que lo hago considerando a todos desde este momento como mis amigos y una sola cosa os pido, que en vuestras compañías, en estas calles, en todas partes me considereis como un amigo más, como un hermano más que senta verdadera satisfacción en poderos ayudar en todo.